

RESEÑAS DE FONOGRAMAS

La guitarra clásica en la música chilena de salón. CD digital. Juan Mouras, Guillermo Ibarra y Jorge Rojas Zegers (guitarras), Katia Miric (soprano y violín), Héctor Viveros (violín), Mauricio Valdebenito (mandolina), Gonzalo García (flauta) y Juan Ángel Muñoz (cello). Metrópolis Intercom S.A., 2000.

Los primeros meses del año 2000 han sido muy fecundos en poner a disposición de los auditores nuevos fonogramas de música de tradición escrita de compositores nacionales. Se ha podido observar en los últimos tiempos que son cada vez más numerosas las instituciones y personas que, interesadas en el progreso de la vida musical chilena, han llegado a comprender que una de las tareas fundamentales para que esa vida musical alcance algún desarrollo, es intensificar la actividad de difusión de la música nacional por medio de grabaciones fonográficas. Afortunadamente, en esta tarea se ha contado en muchos casos, particularmente a partir de mediados de la década pasada, con el apoyo financiero del Fondo de Desarrollo de la Cultura y las Artes del Ministerio de Educación (FONDART). Esto ha facilitado la participación de los propios compositores en la labor de edición de casetes y discos compactos, de entidades que agrupan a los creadores —como la Asociación Nacional de Compositores (ANC) y la Academia Chilena de Bellas Artes del Insitituto de Chile—, o de conjuntos musicales universitarios que, de otro modo, hubiera sido imposible su contribución a dar a conocer nuestras creaciones musicales por medio del disco.

Lo dicho arriba queda corroborado con la aparición, últimamente, de dos CD del Cuarteto de Cuerdas del Conservatorio de Música de la Universidad Austral de Valdivia; tres CD editados por la Academia Chilena de Bellas Artes de una serie comenzada el año pasado; el cuarto volumen de *Música chilena del siglo XX*, colección que ha puesto en circulación la ANC; un CD con composiciones de Federico Guzmán interpretadas por la pianista Bárbara Perelman, profesora del Instituto Profesional Escuela Moderna de Música; dos CD del saxofonista Miguel Villafruela con música de autores chilenos, otro CD de Eduardo Cáceres con nueve de sus obras —ambos músicos son académicos de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile—, finalmente, un “objeto para armar, oír, ver e interpretar” del compositor Jorge Martínez —también profesor de la Facultad de Artes—, y de la diseñadora gráfica M. Bethánia Rodrigues. Todos los proyectos mencionados han recibido premios FONDART. A lo anterior se debe agregar la edición de un CD realizado en Viña del Mar por el compositor nacido en esa ciudad, Agustín Alberti, que contiene nueve de sus creaciones. Los 11 CD a los que hemos hecho referencia contienen 70 obras de 32 compositores nacionales.

En lo señalado anteriormente se observa un muy positivo esfuerzo para avanzar en el conocimiento de nuestros compositores; sin embargo, este afán posiblemente se vea frustrado, pues aún no existen mecanismos eficientes para distribuir los fonogramas que se editan. Pero un hecho nuevo ha ocurrido: al panorama discográfico de música docta puesta en circulación en el primer semestre del año 2000, que se acaba de reseñar, se debe agregar el CD *La guitarra clásica en la música chilena de salón*. Este es un disco elegantemente editado por Metrópolis Intercom S.A. en forma de un pequeño libro de tapas duras, que la empresa distribuyó a 5000 de sus subscriptores, estableciendo de esta manera un mecanismo que permite que los fonogramas de música chilena docta lleguen masivamente al público. Ese esfuerzo que ha hecho Metrópolis Intercom en favor de la difusión de la música nacional al asumir la distribución de los CD editados, es tal vez lo más significativo de esta experiencia y esperanzadamente se debe esperar que sea imitada por otras empresas interesadas en la música chilena.

En el disco *La guitarra clásica en la música chilena de salón*, que se subtitula “Investigación musical chilena del siglo XIX”, se recoge un repertorio propio de una de las prácticas más importantes en el desenvolvimiento de nuestra música de tradición escrita de esa centuria: la tertulia, actividad heredada de los Borbones y que se realizaba en los salones de vecinos ilustres de nuestras ciudades decimonónicas. Junto con el CD, el pequeño libro editado contiene una serie de notas muy breves, pero suficientemente esclarecedoras del contenido del fonograma, así como hermosas ilustraciones de la época y dos reproducciones de manuscritos de las obras incluidas.

La selección que se presenta se inicia con la polca *Me entusiasmo bailando* de R. Fernández, en una versión que pretende recrear la sonoridad de la Estudiantina de Temuco, que dirigió don Vicente

Hernández Maldonado, agrupación que contaba con guitarras, mandolinas, violín, violoncello y flauta. La *Zamacueca White*, del guitarrista español Antonio Alba, es la segunda pieza que contiene el CD comentado; dicha pieza fue publicada por Alba en Valparaíso. A continuación se incluye *Vals brillante* de Alberto Orrego Carvallo, partitura manuscrita encontrada entre los papeles de don Vicente Hernández Maldonado y facilitada por su hija, la conocida directora de coros de Temuco, señorita Lucía Hernández, a Juan Mouras. Una jota, *El guitarrico*, de Antonio Alba, una de las más de 200 obras que compuso este autor, continúa la selección. La quinta pieza es la habanera *El marinero*, canción recopilada en la costa central de Chile en 1889 por Albert Friedenthal. Sigue la cueca *La japonesa*, de la cual Antonio Alba hizo un arreglo para canto y piano, el mismo que sirvió de base para la versión de violín con guitarra realizada por Juan Mouras para el CD. *El vértigo*, vals op. 119 para dos guitarras de Alba, es la séptima obra contemplada en el programa del disco, y la octava es *Marcha a Verdi*, de autor anónimo, arreglada para dos guitarras por Vicente Hernández Maldonado. La selección continúa con *El tortillero*, tonada vals de autor desconocido, en versión para dos guitarras y canto, *Curro cuchams*, paso doble de Metallo en arreglo para tres guitarras de Manuel Ramos, *Incandescente*, polca de Becucci, en arreglo para dos guitarras de Vicente Hernández y *Enamorada*, mazurca para guitarra de P. Pimentel, destacado guitarrista y fecundo compositor. Sigue la antología con el *Himno de Yungay*, marcha de José Zapiola de 1839, que fue la primera obra musical editada en Chile y que el pueblo chileno aún conserva en su memoria. La versión presentada, para dos guitarras, violín, mandolina, flauta y violoncello, es de Juan Mouras y se basa en una de Tomás Veldecantos para guitarra sola, conservada en la colección de Vicente Hernández. El programa sigue con *Ni el tiempo ni la distancia* de Eustaquio Segundo Guzmán, tonada arreglada para dos guitarras y canto por Mouras. *La chilena*, de Federico Guzmán, hermano del anterior, basada en una melodía tradicional, se presenta a continuación en un arreglo para violín y dos guitarras, también de Juan Mouras. La polca brillante *Irma* de Pirani, en arreglo de Vicente Hernández para dos guitarras, es la decimosexta pieza incluida en el CD que se reseña. La obra siguiente es una habanera de Théodore Ritter que denomina equivocadamente *Zamacueca*; ésta es sucedida por *La popular*, zamacueca anónima, igualmente arreglada para mandolina, dos guitarras, 2 violines y violoncello, por Mouras. La breve antología del siglo XIX continúa con *Elruiseñor*, vals lento, anónimo, para dos guitarras. La penúltima pieza contenida en el CD es una polca brillante de Pirani titulada *La befana*, que se escucha en un arreglo de Mouras, quien trata también de restaurar el mundo sonoro de la desaparecida Estudiantina de Temuco. La selección concluye con una versión de la *Canción Nacional* de Ramón Carnicer, en arreglo para tres guitarras de Tomás Valdecantos.

La edición de *La guitarra clásica en la música chilena de salón* es de mucha utilidad para conocer lo que ocurrió en el salón decimonónico. Esta antología sonora adquiere más valor por el cariño e inteligencia musical que muestran los intérpretes para abordar las obras elegidas. Ellos son los guitarristas Juan Mouras, Guillermo Ibarra y Jorge Rojas Zegers, la violinista y soprano Katia Miric, el violinista Héctor Viveros, el mandolinista Mauricio Valdebenito, el flautista Gonzalo García y el cellista Juan Ángel Muñoz. Se deben mencionar también los arreglos realizados por Juan Mouras, a través de los cuales hace retroceder en el tiempo al auditor, trasladándolo a fines del siglo XIX o a comienzos del XX.

Fernando García

Printemps de la guitare 1998. Carlos Pérez 1er Prix. CD digital. Carlos Pérez (guitarra). Printemps de la Guitare International Productions. SABAM-CYP 5651, Concours International de Guitare Classique, 1998.

Para nadie debiera resultar una sorpresa el alto nivel alcanzado estos últimos años por las nuevas generaciones de guitarristas chilenos. Los nombres de jóvenes intérpretes de este instrumento han aparecido en el podio de los ganadores de prestigiosos concursos internacionales. ¡Y pensar que, a principios del siglo veinte, en los sectores altos de la sociedad chilena no era bien visto que un varón tocara guitarra! Gracias a Dios y a la esforzada labor de maestros como Albor Maruenda y Liliana Pérez-Corey, los tiempos han cambiado y hoy se pueden ver, escuchar y apreciar los frutos de un largo trabajo, especialmente de aquellos profesores vinculados al Departamento de Música y Sonología de la Facultad de Artes. Es el caso del maestro Ernesto Quezada, varios de cuyos estudiantes han iniciado una exitosa trayectoria tanto nacional como internacional. Entre ellos destaca Carlos Pérez González, el cual estudia con el maestro Quezada desde 1991.